

HAITÍ A TRAVÉS DE SU HISTORIA

Juan Bosch

[Política: Teoría y Acción, Año 7, No. 72, marzo de 1986]

A fines de septiembre de 1957 el Dr. Francois Duvalier tomó posesión de la presidencia de Haití y se dedicó a gobernar su país con métodos dictatoriales tan extremados que acabó sometiendo al pueblo a su voluntad en todos los órdenes: en el social, en el económico, en el político. Ningún dictador latinoamericano llegó a ejercer el poder en la medida en que lo hizo Duvalier padre como lo demuestra el cambio de la bandera haitiana, que había sido diseñada siglo y medio antes nada menos que por el fundador del Estado, Jean Jacques Dessalines. Esa bandera era azul y roja y Duvalier la convirtió en roja y negra; pero también demostró la extensión y la intensidad de su poder con el hecho de que en 1964, cuando llevaba seis años y medio en la jefatura del gobierno, se hizo proclamar presidente vitalicio, y lo fue a tal punto que siete años después, en el acto de morir, le traspasó a su hijo Jean-Claude, en herencia, el título de presidente vitalicio y con él varios millones de dólares.

Ese traspaso ocurrió en abril de 1971, año en que se cumplirían 14 del establecimiento del régimen duvalierista. Jean Claude mantuvo la bandera roja y negra que había diseñado su padre en lugar de la roja y azul de Dessalines, mantuvo las medidas dictatoriales establecidas por su padre y con ellas gobernó hasta el día 7 de febrero de este año (1986), cuando un avión de la Fuerza Aérea Norteamericana lo sacó de Haití y lo condujo a Grenoble, una capital departamental del sur de Francia donde seguramente vivirá largos años en medio de las comodidades y los lujos que le proporcionarán los millones de dólares que acumuló en los quince años de su presidencia vitalicia y los que heredó de su padre.

¿Qué fuerza poderosa sacó del poder a Jean-Claude Duvalier? ¿Fue que se cansó de gobernar un país abrumado de males o fueron presiones internacionales?

Ni lo primero ni lo segundo. Lo que acabó con la larga dictadura de los Duvalier fue la crisis económica que desde hace años agobia a los países del Tercer Mundo, y en el caso concreto de Haití, a los del Caribe. Esa crisis generó en la patria de Dessalines un estado de desesperación popular que se hizo de conocimiento mundial cuando empezó la fuga de Haití de millares y millares de hombres y mujeres que huían de la miseria de su país en botes de vela o de remos dirigidos hacia Estados Unidos, sobre todo a las costas de Florida. Algo similar sucedió con sus vecinos dominicanos, pero éstos penetraron en Estados Unidos en número que bordeaba el millón y los haitianos no podían acercarse siquiera a

esa cantidad, de manera que los que se quedaban en Haití no sólo eran más en número sino que también eran los más desesperados, y la desesperación empezó a cuajar a fines de 1985 en la decisión de luchar contra el duvalierismo. Esa decisión de lucha se explica porque tal como decía Simón Bolívar, el primer deber de todo lo que existe es seguir existiendo, y para seguir existiendo, esto es, viviendo, los hombres tienen necesidad de un mínimo de comida, ropa, medicinas, que la mayoría de los haitianos no tenían ni tienen a la fecha en que se escriben estas líneas.

Desesperados por el deterioro de sus condiciones materiales de existencia, que cada día eran peores, las masas haitianas se lanzaron a las calles de las ciudades más importantes del país e hicieron saltar en pedazos la maquinaria duvalierista.

Una historia sorprendente

Setenta años antes —para ser preciso, el 28 de julio de 1915— la población de la capital de Haití, enfurecida porque el gobierno presidido por Vilbrun Guillaume Sam había ordenado la muerte de más de cien presos políticos, atacó en masa los cuarteles, apresó al jefe militar de la ciudad, lo mató a golpes, paseó su cadáver por las calles, le dio fuego y dejó sus restos abandonados como si fueran basura. Asustados por la noticia de lo que estaba sucediendo, el presidente Sam se refugió en la Legación (Embajada) de Francia, que fue invadida inmediatamente por una oleada de hombres y mujeres enfurecidos. Esa multitud apresó a Sam, lo golpeó hasta darle muerte, mutiló su cadáver y lo arrastró de calle en calle, pero además se dedicó a saquear comercios y viviendas porque padecía hambre, tal como la padecerían setenta años después sus hijos, nietos y biznietos, La padecía debido a que la guerra mundial llamada Primera, que se había iniciado en Europa un año antes, paralizó la economía haitiana al dejar congelada la compra de los principales productos de exportación de Haití, a la cabeza de los cuales estaba el café; y esa crisis económica llegó a tiempo para coronar una crisis política que se había iniciado tres años antes como resultado de las luchas que llevaban a cabo los círculos de la pequeña burguesía haitiana que se disputaban el poder político y al mismo tiempo luchaban contra la oligarquía terrateniente y comercial que tenía el control económico del país.

El presidente Sam fue muerto a golpes en las calles de Puerto Príncipe dos años y tres meses antes de que comenzara la Revolución Rusa, de manera que todavía

no se conocía el comunismo, pero el mismo día de la muerte de Sam llegó a la capital de Haití el acorazado Washington, que llegaba de Guantánamo, donde se hallaba, y se halla todavía hoy, la base naval de Caimanera, y del Washington desembarcaron infantes de Marina que iniciaron la ocupación militar de Haití llamada a durar hasta el 21 de agosto de 1934. Esa ocupación fue ordenada por el presidente norteamericano demócrata Woodrow Wilson, el mismo que había ordenado un año antes la ocupación militar de Veracruz y ordenaría en 1916 la de la República Dominicana.

La muerte de Sam y el derrocamiento de la dictadura duvalierista no son los únicos episodios revolucionarios en la historia de Haití. Esa historia es la más sorprendente de América porque de un país de esclavos africanos que era en 1789, año en que comenzó en Francia la Gran Revolución -y en ese año Haití era una colonia francesa- pasó a ser en enero de 1804 el primer país independiente de América Latina y la primera república negra del mundo.

(Los países latinoamericanos no son sólo de lengua española; lo son también los de lengua francesa y portuguesa, como Haití, Martinica, Guadalupe y Brasil, porque sus metrópolis respectivas, Francia y Portugal, de las cuales se independizaron, crearon sus idiomas a partir del latín que recibieron de Roma cuando el Imperio Romano dominó esos países europeos tal como lo hizo en España. Por no llenar esos requisitos no son parte de América Latina los territorios del Caribe colonizados por Inglaterra, como Jamaica y Trinidad-Tobago, para mencionar sólo dos, o por Holanda como Curazao y San Martín. Aunque en la lengua inglesa hay influencia latina, la predominante es de origen sajón).

No podían someter al pueblo haitiano

Los países de la América Española, llamada también Latinoamérica por el origen latino de la lengua que se habla en ellos, que iniciaron las luchas por la independencia fueron Ecuador, en 1809; México y Venezuela, en 1810. Pero los esclavos de Haití la comenzaron en 1791, en la noche del 14 de agosto de ese año, cuando un esclavo de nombre inglés (Bouckman), jefe de ceremonias de vodú, atacó una propiedad de su amo, un francés dueño de dos ingenios azucareros, personaje de mucho prestigio porque además de ser riquísimo había

ocupado en Francia posiciones oficiales muy altas, como por ejemplo la de secretario adjunto de Estado de la Marina.

Como antecedentes del levantamiento de Bouckman hubo mucha agitación y luchas entre esclavistas blancos y mulatos así como entre grandes propietarios blancos y los llamados pequeños blancos, que eran funcionarios del gobierno francés y artesanos. Pero la Revolución haitiana comenzó, como se ha dicho, con la rebelión de los esclavos acaudillados por Bouckman. Esos esclavos eran en total unos 600 mil, de los cuales en los últimos tiempos entraban a razón de 30 mil al año.

La rebelión se extendió, puede decirse que en horas, a los ingenios azucareros de la zona donde empezó, y se llevó a cabo con tanta violencia que al día siguiente en esa región ardían los cañaverales, los cafetales, pero también las casas de vivienda de los amos, que eran todas lujosas, y los edificios destinados a las fábricas de azúcar y de ron así como las cuarterías donde los capataces encerraban de noche a los esclavos, y a la semana del estallido la ciudad de Cabo Francés, que era la más importante del país por la cantidad de riquezas que había en ella y en sus alrededores, estaba cercada por millares de esclavos enfurecidos, que había dado muerte a sus amos, a las mujeres y los hijos de los amo y les habían dado candela a su mansiones.

Nunca antes se había presenciado en América un movimiento revolucionario tan poderoso, lo que se explica porque en Haití enfrentaron una oligarquía esclavista que usaba las técnicas más avanzadas del mundo en su época para producir azúcar y sus derivados, café, índigo, algodón, tabaco y madera, y una masa de esclavos que era explotada de manera inmisericorde porque se le obliga a funcionar con la precisión que funcionan hoy las máquina, y al mismo tiempo se lo daba el espectáculo diario del esplendor con que vivían sus amos.

Con ciertos paréntesis de paz la revolución haitiana se prolongó a lo largo de casi trece años y de su seno salieron grandes figuras, a la cabeza de las cuales estaría Toussaint Louverture, no porque pasara a dirigir la guerra revolucionaria a la muerte de Bouckman sino porque en él se revelaron condiciones políticas y militares que acabaron situándolo en el primer lugar de la lista de los grandes jefes revolucionarios de América Toussaint Louverture se unió al levantamiento general de los esclavos y llevó consigo a la revolución unos 400 esclavos con los

cuales se presentó en el campamento de un jefe revolucionario llamado Biassou, y con Biassou entraría en la parte española de la isla de Santo Domingo, cuyas autoridades le dieron el rango de general español.

Haití se convirtió en el centro de un terremoto social y político de tal magnitud que las autoridades francesas se vieron constreñidas a declarar la libertad de los esclavos, un acontecimiento histórico sin precedentes porque se trataba de esclavos africanos de los cuales había varios millones en el Nuevo Mundo, lo mismo en Estados Unidos que en Cuba, en Venezuela o en las colonias inglesas y otras tan francesas como Haití. La declaración de libertad de los esclavos fue hecha el 29 de agosto de 1793, dos años después del levantamiento de Bouckman. Para entonces Bouckman había muerto, no se sabe cuándo ni cómo, pero las masas negras de Haití habían seguido su ejemplo.

La libertad de los esclavos no puso fin a la guerra revolucionaria, que seguiría hasta alcanzar la victoria sobre los ejércitos, los últimos de los cuales fueron enviados a Haití nada menos que por Napoleón Bonaparte. Un cuñado de Napoleón, el general Víctor Emmanuel Leclerc, marido de Paulina Bonaparte, encabezó esos ejércitos con el rango de capitán general de la colonia. Pero el poderío militar del emperador de Francia no fue suficiente para someter a su dominio a los antiguos esclavos haitianos.

Fue una tontería de los dos Duvalier, padre e hijo, creer que ellos podían doblegar la capacidad de lucha del pueblo de Bouckman, de Toussaint y de Petion.